

El paso de los del Tercio



Del homenaje que en Oviedo, como antes en Gijón, se rindió a las fuerzas libertadoras, queremos destacar esta nota del desfile del Tercio.

El paso de las fuerzas por las calles de la capital, despertó el mismo apoteósico entusiasmo que había tenido en nuestra villa, agrandado si acaso por las mil evocaciones conmovedoras que los soldados con su presencia, iban despertando en el pueblo.

La presencia de los carabineros, reducidos a un pequeño pelotón, hacía pensar en los soldados y jefes del meritísimo Cuerpo que dieron su vida por la causa del orden; los soldados del Regimiento núm. 3, los zapadores de Gijón, los de Asalto y los de Seguridad—al igual que los que lucharon en Campomanes, en Vega del Rey y en el resto de Asturias—renovaban en el ánimo de todos el recuerdo de escenas patéticas de los días de lucha en que todos los ovetenses sufrieron.

Las ovaciones a la Benemérita—esa Guardia civil que es honra y gloria de España y que por ser ejemplar en todo hasta ha hecho que saliera de sus filas el jefe prestigioso, recto siempre y de dotes inigualables que realiza la pacificación de Asturias—eran expresión de un noble sentimiento ciudadano. Pero, con ser todas esas notas muy dignas de ser señaladas, aún hay otra que nosotros deseamos subrayar por lo que tiene de homenaje fervoroso y de agradecimiento y desagravio.

Al pasar los del Tercio la alegría subía de los corazones a los labios y a las miradas. Vivas y aplausos, frases de reconocimiento y expresiones de afecto formaban en torno a los soldados valientes que fueron nuestros salvadores, una cálida atmósfera de simpatía y gratitud.

Como un ¡mentís! rotundo a quienes intentaron forjar una leyenda calumniosa e infame, el orgullo de que la Patria cuente entre sus servidores a esos valientes, se reflejaba en las muestras de entusiasmo popular.

Así son y así fueron siempre los buenos soldados españoles; y todos los hombres del Tercio—presentes y ausentes—que han sabido reverdecer proezas y glorias de otro tiempo, recogen ahora en ese entusiasmo el premio a su heroísmo.

EL CARDENAL GASPARRI

Tras tantas de asomarse a la pantalla de la actualidad mundial entre fulgores de gloria, por última vez se refleja en ella orlada de luto para entrar definitivamente en los dominios sin regreso de la Historia, la egregia figura del Cardenal Pedro Gasparri.

Aún hace poco más de una semana que en el Congreso Jurídico Internacional, reunido en Roma bajo el alto patronato pontificio para

aún esta no podría sin injusticia negarle un relevante puesto. Este hombre, caso único en la Historia, desempeñó la Secretaría de Estado de su Santidad en dos sucesivos Pontificados. Y en que circunstancias ¡Nada menos que entre los horrores de la guerra mundial, cuando la pasión homicida desatada, para todos suspicaz, tenía puestos los ojos en el Padre común de los fieles; avizorando cualquier preferencia para unos hermanos en detrimento de los otros. A todo hizo frente la rectitud y diplomacia del Cardenal Gasparri, cual lo hubieron de reconocer hasta los propios musulmanes, que al levantar una estatua a Benedicto XV en Constantinopla afirmaban el pedestal de la que en justicia corresponde a su fiel e inteligente Secretario de Estado.

Y, cuando pasada la tragedia mundial surgía de entre tantas ruinas un nuevo mapa particularmente europeo, su actuación hábil y decidida fué la que sacó de entre la abundancia del mal bienes sin cuento para la Iglesia y para las almas, entablado negociaciones con Potencia, tradicionalmente alejadas del Vaticano y lle-



SUSCRIPCIÓN

abierta en el Centro de Acción Popular de Gijón a favor de los dueños de autocares hermano Zapico, como compensación a los daños sufridos en sus coches con ocasión de la Asamblea de Covadonga.

	Pesetas
Suma anterior.....	466
Una socia de Acción Popular con las iniciales M. R.....	5
A. Q. P.....	5
J. A. G.....	5

Suma total..... 481
Con esta fecha queda cerrada esta suscripción.

».....pedir a toda la clase patronal, y, principalmente, a los patronos católicos, que han de sentir como ningún otro los deberes de su privilegiada situación social, que colaboren con los Poderes públicos para resolver tan pavoroso problema, empleando sus reservas en obras que puedan proporcionar trabajo.....»

»No toleremos un día más la vergüenza de ver morir de hambre a hermanos nuestros,—que piden trabajo,—mientras tenemos una peseta paralizada.»

(De una nota publicada por la Asociación Patronal Católica de España).

Crisis Moral y Religiosa

Con sobrada razón se lamenta lo ocurrido durante los aciagos y tenebrosos días de la revolución, pues es hondamente doloroso contemplar el espeluznante y triste cuadro que presentaba, y en parte aún presenta, nuestra querida Asturias sangrante y ultrajada. Pero hay que decir, sin creer en la «fatalidad» que vino lo que forzosamente tenía que venir, muestra de lo que forzosamente vendrá mañana si no se le aplica el remedio y se cura la enfermedad. Craso error esperar otra cosa del obrero, que obra influenciado por causas y principios disolventes, cuyos resultados necesariamente tendrán que ser catastróficos.

La mayoría de los obreros, cuando vienen a la vida, tienen ya trazada una ruta que les conduce, o tiende a conducirles a lo que ellos llaman su «emancipación», que constituye sus anhelos y aspiraciones. En el hogar nativo, donde se reciben las primeras impresiones que dejan huellas impercederas, aprenden los rudimentos del materialismo; más tarde, el círculo de sus conocimientos, en la mayoría de los casos, se limita a saber que esta vida no es otra cosa que la lucha por la existencia; el más fuerte—la clase adinerada—vence al débil, el proletario, que sucumbe, siendo explotado por aquel que nada produce; aprenden también que ese fantasma, llamado Dios, es causa y origen de muchos de sus males, y que por consiguiente, hay que exterminar y borrar su funesto recuerdo; que la Religión es el manto que encubre los robos y crímenes de la burguesía; en fin, un sinnúmero de monstruosas ideas de grande eficacia destructora, cuya realización significaría la total desaparición de los principios básicos de toda sana sociedad.

Por otra parte, rechazan de antemano nuestra doctrina como argucias y sofismas inventados para explotarle, sin querer ni poder examinarla a causa de sus prejuicios, y viven y decantan como salvadoras todas las susodichas ideas, que expuestas una y mil veces en la prensa, en «meetings» y asambleas, con un ropaje atrayente y seductor, se apoderan de su voluntad que después mueve la mano portadora del puñal asesino y de la tea incendiaria.

¿Pero es que puede esperarse otra cosa? ¿Cómo amar la Religión si constituye un obstáculo para la realización de su ideal? ¿Cómo no aborrecer a sus ministros, si son unos farsantes, cómplices de sus explotadores? ¿Por qué no derrochar sus cobros y ganancias, revolcándose en los albañales del placer, dando pábulo a sus pasiones que se levantan reclamando imperiosamente un mundo de goces y satisfacciones si todo termina con la muerte?

¡Triste condición la suya! Vienen a la vida en medio de odios y rencores; pasan la vida respirando odios y rencores, y dejan la vida entre odios y rencores, sin tener, para colmo de su infortunio, ni la fe ni el consuelo del más allá...

Hay que ir en busca del obrero tan distanciado de nosotros; es menester redimirlo y traerlo a nuestra franca y sincera amistad; que venga por los cauces verdaderos, sin amenazas ni presiones. Rompamos esa barrera que lo separa de nosotros, cortando el mal de raíz, lo que significa la desaparición de la honda crisis moral y religiosa. Darle solo pan, tiempo perdido; pensar solucionar el problema solamente con programas y «sociologías», tiempo perdido también.

Mientras no venga la reforma moral y religiosa; mientras se respire este ambiente anticristiano; en tanto que no se vuelva a la fe perdida y despreciada, verdadero sostén y fundamento de toda sociedad bien organizada... solo se conseguirán frutos accidentales, y al fin y a la postre, será estéril e ineficaz nuestra labor. Todo lo que no sea así será dejar muy hondas las raíces y cortar las ramas que brotarán nuevamente con mayores bríos...

Cuando el espíritu cristiano informe la vida social, esto que hoy cuesta tanta lucha y que tantos trastornos nos ocasiona, se nos daría por añadidura, esto es, fluiría como consecuencia lógica y necesaria.

M. ALVAREZ MENÉNDEZ.

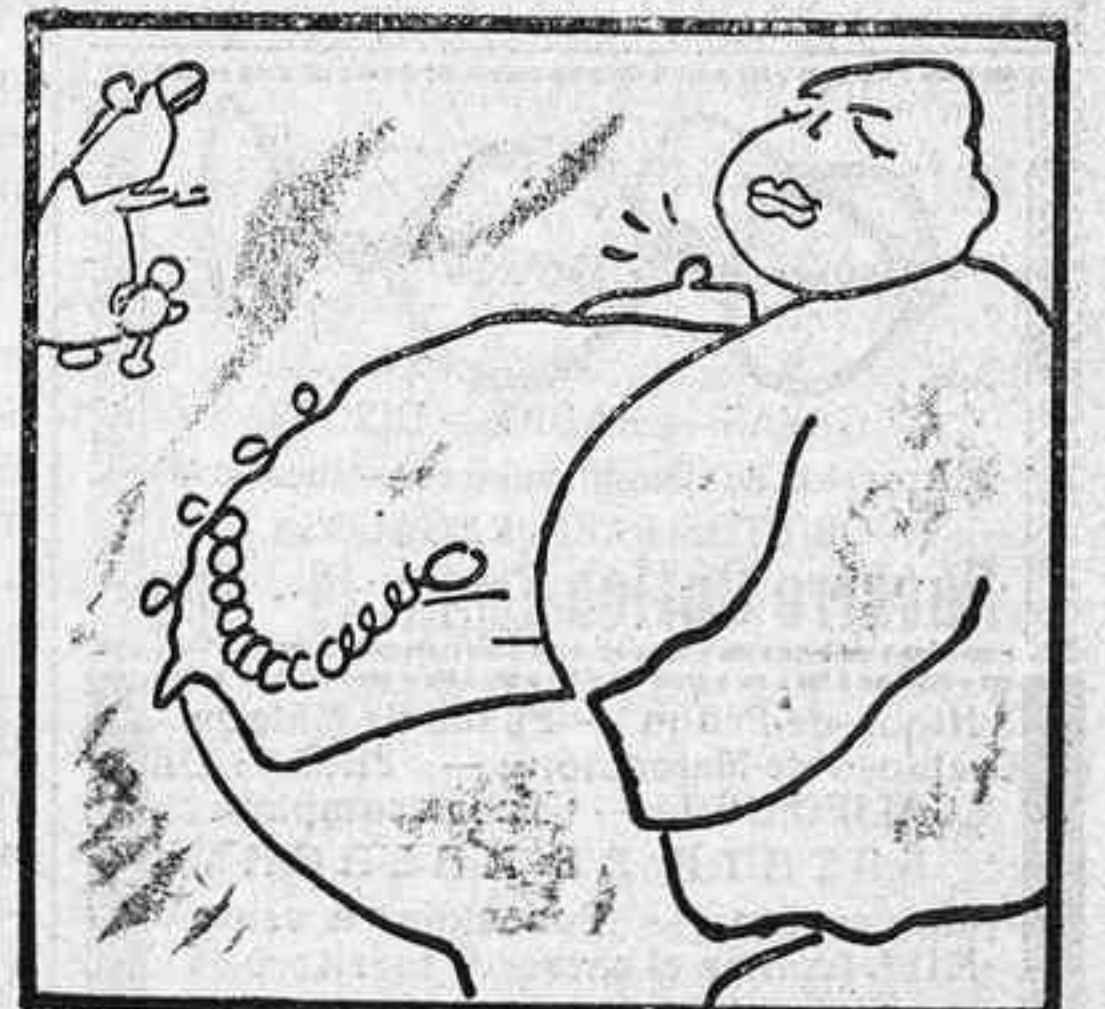
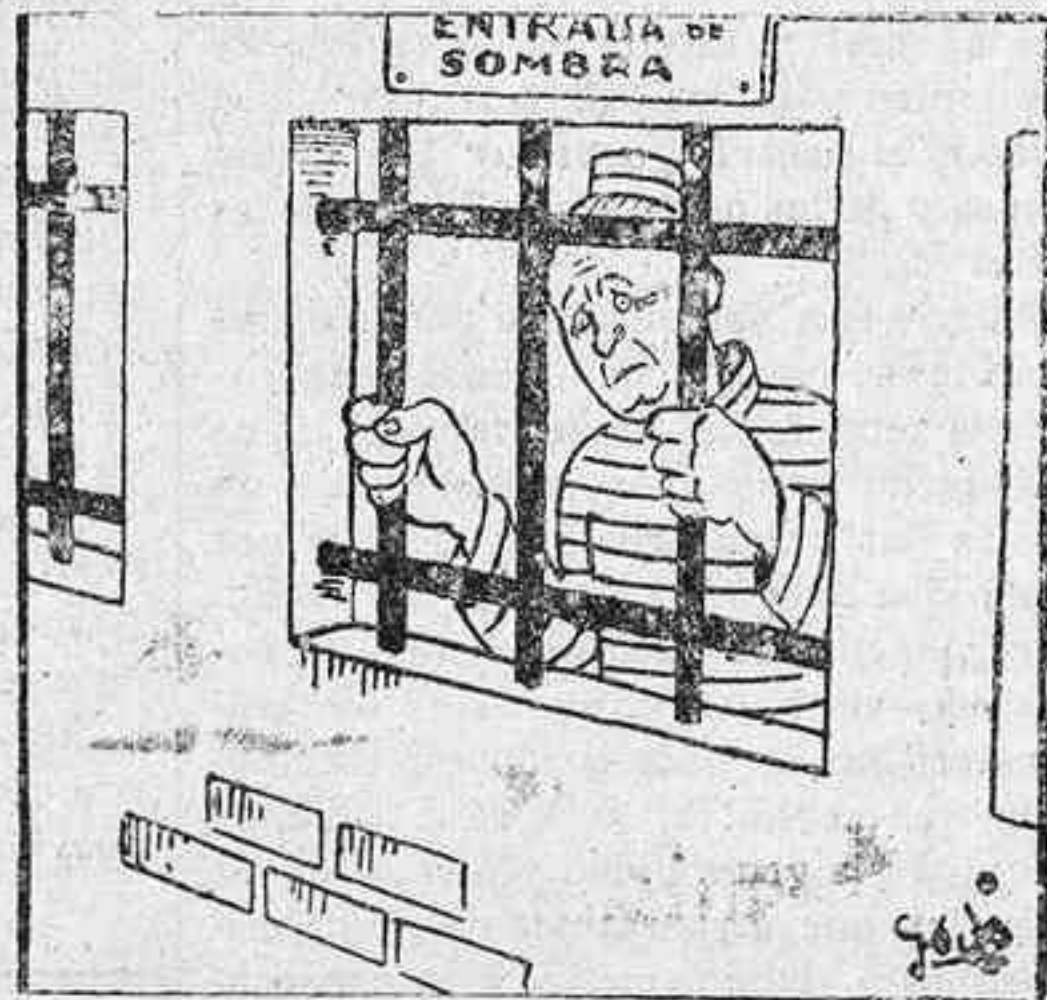
Naraval, Noviembre de 1934.

gando a la conclusión de tan numerosos arreglos diplomáticos, que quizá no sea aventurado afirmar pase esta época a la Historia con la feliz denominación de «era de los Concordatos». Labor tanto más estimable, cuanto que alguna cuestión de las arregladas lo era por antonomasia; la «cuestión romana». Preocupación internacional de más de sesenta años, necesitaba para una solución tan satisfactoria como la lograda el encuentro de dos genios políticos como Mussolini y el Cardenal Gasparri. El gesto cordial de Pío XI, al bendecir el día de su

entronización, hubiera sido probablemente estéril sin las excelsas dotes diplomáticas del hombre, que con acierto sumo tomó al mismo tiempo por colaborador. Sólo con tal suma de capacidades reunidas si podía llegar al celebrado Pacto de Letrán.

Esta es, a grandes rasgos delineada, la más ilustre figura del Colegio Cardenalicio en los dos últimos Pontificados. Sus eminentes servicios a la Iglesia merecen las oraciones de todos los católicos. ¡Descansen en paz el que tanto y tan fructuosamente trabajó!

UN PRINCIPIO DE FILOSOFÍA FRACASADO



Se dice que «las mismas causas producen los mismos efectos», pues ahí tenéis a los dos «siameses» de la revolución, Largo Caballero e Indalecio Prieto, sufriendo los distintos efectos de la misma. El uno encerrado entre rejas llorando su infortunio y clamando que «no ha hecho nada». El otro, ricamente en la Costa Azul, declarándose culpable y amenazando «bizarras y gallardamente», con una nueva intenciona. Y la pobre viuda con su hijito en el cuello se esfuma en el grabado como espectro remordedor para las con ciencias de los que criminalmente han lanzado a su esposo a una muerte trágica.

Con esta gente traidora que con sus engaños guía la gente trabajadora, se ha puesto en fracaso ahora la misma filosofía.

festear el XV Centenario de la promulgación del Código justiniano y el coincidente VII de las Decretales de Gregorio IX (los dos grandes monumentos de la jurisprudencia civil y canónica) explicaba, con su máxima autoridad de sabio y actor principal de la ingente obra, el proceso de la codificación del Derecho Canónico; tarea tan ardua como ansiada por el mundo católico y llevada a cabo en trece años de ruda labor gracias a la ciencia y capacidad de trabajo aliadas en el eminente Purpurado, que acaba de bajar a la tumba. Gracias al antiguo Profesor del Instituto Católico de París, al autor del ya clásico tratado de matrimonio, el Derecho Canónico, «acumulación de leyes en confuso montón» hasta entonces, ha dejado de ser «onus multorum camelorum» (carga suficiente para muchos camellos) y se ha puesto al alcance de cualquier persona de mediana voluntad.

Pero esta obra con todas sus dificultades y toda su grandeza, no agotó ni mucho menos todas las actividades de esta polifacética personalidad. Sin ella, que le pone a la altura de las grandes figuras de la Historia Eclesiástica,

